

HACIA EL SUEÑO DE LO POSIBLE: UN ACERCAMIENTO A LA EXPERIENCIA CUBANA.”¹

Elena Martínez Canals

Rosa Lidia Peña

Julia Guach Castillo²

Regla Fajardo González³.

Las luchas sociales, siempre han encontrado oportunamente, lemas y consignas que de una forma u otra revelan los sentimientos, ideales, aspiraciones y necesidades de sus protagonistas. Y, lo más importante, los impulsan a las batallas cotidianas por la materialización de esos ideales.

Hoy, ante las realidades que enfrentamos, en un momento en que pelagra incluso nuestra existencia como seres humanos, sentimos la necesidad de proponer que “un mundo mejor es posible”. E incluso reforzar la idea subrayando que no solo es posible, sino necesario e imprescindible.

Pero, ¿tenemos el derecho a dejar esta idea, solo como una consigna más a enarbolar en marchas, mítines y manifestaciones?

Por desgracia, para muchos, el “nuevo mundo necesario” se ha convertido en eso, una hermosa consigna, expresión tan sólo de un sueño, que inscriben en sus banderas, dejando para las generaciones futuras llevar adelante su materialización.

Sin embargo, la espera no es posible, muchos coincidirán en que no. Este mundo requiere ser mejor **YA**: los aplazamientos pueden ocasionar que no exista oportunidad para nuestros sucesores. Cuando miramos aunque solo sea las cifras de los niños que mueren cada minuto en los países del llamado Tercer Mundo debido a enfermedades curables y al hambre, o los que mueren -de cualquiera de los mundos- en guerras de rapiña, o víctimas del terrorismo, cobra toda su vigencia la justa alerta del dilema que enfrentamos: socialismo o barbarie.

¹ Publicado en Boletín Electrónico CIPS. Año 2, no. 2, 2006.

² Investigadoras del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

³ Auxiliar de Investigación del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

¿Qué hacer ante estas realidades? ¿Cómo salir de este orden que nos destruye doblemente, que no solo conduce al abismo a la especie humana, -en esto, si, sin distinguir entre explotadores y explotados, entre ricos y pobres, todos, viajeros del mismo "Titanic" como gráficamente ha expresado Fidel Castro-, sino que además la controla de tal modo que la degrada hasta el límite de privarla de luchar contra su propia destrucción, la hace cómplice de la deshumanización que la lleva a su fin?

La respuesta no es sencilla. Y quizás no exista "la respuesta", como solución única para todos los casos particulares.

Pero dentro de lo diverso, nos parece que hay un nodo común que une todas las posibles rutas a seguir. Hay que actuar, cada uno en sus condiciones, cada uno enfrentando los problemas de su realidad, al mismo tiempo que orientados a que la lucha es universal, tiene un enemigo común que es el orden de dominación del capital, y tiene por tanto una salida estratégica común: el socialismo, la transformación comunista de la sociedad.

El problema radica, entonces, en buscar vías y soluciones para promover e impulsar procesos que produzcan los cambios necesarios y permitan hacer realidad, lo que en la actualidad para muchos es sólo el sueño de lo que parece un ideal imposible de alcanzar.

Muchos caminos se vislumbran. Tan diversos son los problemas a enfrentar, como las realidades que hoy existen, las culturas, historias y contextos en general de los pueblos que hoy ocupan este planeta. Por eso las vías y modos para enfrentarlos y vencerlos, aun con la convicción de la salida estratégica común, deberán ser contextualizados y contruidos de conjunto, para poder realmente ser patrimonio de las mujeres y hombres que deberán ser sus protagonistas. Las generalizaciones y la "unidad de acción" artificialmente contruida, ya nos han ocasionado demasiadas equivocaciones.

Y en esta diversidad que conforma el mosaico de la humanidad a inicios del siglo XXI, Cuba representa una posibilidad, que con sus errores y aciertos ha mostrado al mundo que es posible construir algo diferente, escogido por los cubanos, a partir de su

historia, su cultura, su idiosincrasia, sus necesidades, y enfrentando durante ya más de un siglo lo que otros, amigos o enemigos, nos han querido en algún momento y en distintas formas, imponer.

Intentaremos reflexionar solo acerca de algo que consideramos esencial, el “arma estratégica” de nuestra revolución, que a la vez constituye su mayor fortaleza: contar en todo momento del proceso revolucionario con la participación mayoritaria, plena y consciente del pueblo cubano para superar cada uno de los desafíos surgidos en este difícil y desconocido camino de la construcción socialista.

Nadie piense que este ha sido un proceso lineal exento de obstáculos. Ni entienda nuestra afirmación en un espíritu apologético, expresión simplista e ideologizante en el peor sentido de lo que a veces se entiende por ideología, y que siempre deviene en discurso paralizador y al final contrario a la propia visión del socialismo como proceso emancipador.

Ello requerirá de una sistematización desde lo histórico, teniendo en cuenta el accionar, los sentimientos, valores y tradiciones del pueblo cubano a lo largo de estos más de 45 años.

El primero de enero de 1959, con el derrocamiento de la dictadura de Fulgencio Batista, Cuba comenzó un proceso de democratización que, profundamente inspirado en las ideas de José Martí, se planteaba desde sus primeras concepciones expuestas luego del revés inicial del ataque al cuartel Moncada, la construcción de una nueva sociedad. En las condiciones cubanas, las necesidades de su sociedad y la visión proyectada por la dirección revolucionaria, la “construcción de la nueva República” como adelantara Martí al organizar el Partido Revolucionario Cubano en 1891, devino necesaria y rápidamente en un proceso de construcción socialista, como iniciativa, en aquellos momentos, única en América Latina y al parecer de algunos “irremediablemente condenada al fracaso”.

La toma del poder político a partir del triunfo de una insurrección armada, promovió el acceso de las masas revolucionarias a las más altas esferas del poder institucional y a partir de ahí, el inicio de una transformación de la sociedad en su conjunto.

Pero este poder que se había alcanzado gracias a la participación y el apoyo del pueblo, necesitaba consolidarse, y para su consolidación, ante todo expresarse en resultados sociales. Y, por supuesto, el mantenimiento de las conquistas que se fueran alcanzando. Pero todo esto era posible únicamente si se lograba involucrar cada vez más a la mayor parte de la población en este proceso.

Es así como el proceso de transformación social cubano del período revolucionario ha tenido que contar en sus diferentes etapas con una participación popular que garantice su existencia y avance sostenido.

Pero la participación popular en este proceso no se ha comportado siempre de igual forma. Cada momento, cada región, cada espacio, presenta sus características propias.

Durante los primeros años posteriores al triunfo revolucionario la participación ciudadana se caracterizaba, esencialmente, por la capacidad movilizativa de los trabajadores y la población en general, ante demandas específicas generadas por eventos que se producían en el panorama nacional e internacional, por lo general planteadas a las masas populares a partir de la dirección de la revolución.

El desarrollo mismo del proceso revolucionario promovió desde los primeros momentos importantes avances socioculturales en la mayor parte de la población, a través de un singular proceso de auto transformación masas- individuos: en las acciones masivas, en un contexto de progreso cultural en todos sus sentidos pero sobre todo marcado muy fuertemente por los aspectos de la cultura política, se produce así un desarrollo importante de los individuos como actores de las transformaciones, que, a la vez que los involucra crecientemente, genera en igual medida nuevas demandas de participación. Y ello plantea la necesidad de buscar y promover vías y modos más efectivos para esa participación, acordes a las necesidades propias de nuestro desarrollo en cada momento histórico.

Aparece así una permanente necesidad de buscar y promover vías y modos más efectivos para esa participación, acordes a las peculiaridades propias de cada contexto histórico, y, sobre todo, respondiendo cada vez más efectivamente a las demandas de

autorrealización social de los individuos portadores del proceso transformador como actores plenos y protagonistas de los procesos de transformación que se generan a partir de sus acciones.

Pero no basta con reconocer que existe necesidad de nuevas vías de participación. La situación es más compleja y se hace importante identificar estos modos y vías e implementarlos. En última instancia porque todo ello pasa por cambios que operan en la espiritualidad de las personas, pues una participación consciente y comprometida en el proceso es algo que requiere de una "cultura participativa".

La participación popular constituye la base de nuestra democracia dirigida a un ejercicio real de distribución del poder, que promueve la participación de los individuos en procesos de toma de decisiones, acompañando, controlando y siendo cada vez más parte responsable del accionar cotidiano del pueblo en su afán de lograr construir una sociedad diferente a la que nos impusieron en un pasado y a la que nos quiere imponer la potencia hegemónica mundial en sus propósitos de dominar al mundo.

Esto que pudiera parecer el sueño de unos pocos, es un sueño posible de acuerdo a la estructuración del Estado en nuestro país, lo mismo en su expresión más amplia como organización del "poder público" que en lo concerniente al instituto político especializado, en nuestro caso el sistema de Órganos del Poder Popular.

Pero, para lograr ese sueño se requiere potenciar una real participación ciudadana, de ahí que esta se presente como uno de los elementos esenciales a promover en nuestra sociedad.

Durante mucho tiempo nos acostumbramos a la existencia de estructuras verticalistas que marcaban el camino a seguir y ello limitaba el desarrollo de iniciativas populares acostumbrando a la gente a "hacer lo que venía de arriba", lo cual limitó el desarrollo de la iniciativa individual y colectiva en la solución de muchos problemas, además de que realmente el Estado tenía la capacidad de dar centralizadamente respuestas efectivas en buena medida, sin necesidad de recurrir a la iniciativa popular.

El Estado desde los primeros momentos asumió en cierta medida un comportamiento "paternalista", al que se pudiera denominar "paternalismo revolucionario", que brindaba satisfacción a buena parte de las necesidades sentidas de la población que habían constituido sus principales demandas durante todo el período de la pseudo república y durante la lucha insurreccional, como eran el derecho al estudio, la salud, la tierra, la eliminación del desempleo y de los desalojos, etc. Esto se muestra en las primeras medidas de la revolución, encaminadas a la erradicación de estos males y a un aseguramiento de las necesidades vitales que garantizaran una existencia digna para la mayor parte de la población.

Con el de cursar del tiempo, sucedió que muchos nos acostumbramos a recibir todo un conjunto de beneficios como consecuencias lógicas y esperadas de un Estado revolucionario, sin preocuparnos del costo que ello implicaba, ni se desarrolló un sentimiento de responsabilidad ante lo que nos parecía un proceso natural; de tal modo muchas conquistas de la Revolución, sobre todo para las generaciones más jóvenes, aparecen como hechos dados que forman parte de nuestra cotidianeidad y no se valoran en su exacta magnitud, sobre todo si ello no va acompañado de la necesaria concientización de lo que en realidad significa el papel de un Estado revolucionario y el diario quehacer de sus ciudadanos.

En la actualidad, ante el cambio de la situación económica, aparece un nuevo panorama. Durante la crisis de los noventa se muestran debilidades del enfoque paternalista que no pueden ser interpretadas en el sentido de una necesaria reducción del papel del Estado. Todo lo contrario, si entendemos el Estado socialista en la concepción marxista –leninista de "dictadura revolucionaria del proletariado", lo estaremos entendiendo como un instrumento de poder que se fortalece, en la misma medida que se "extingue" en la nueva socialidad que se va construyendo con el esfuerzo y el involucramiento creciente de mujeres y hombres cada vez más plenos y libres. Y esto no implica otra cosa que la necesidad de cambios en las vías y modos de participación en el desarrollo del proceso revolucionario cubano.

Pero aunque consideramos que existe una toma de conciencia acerca de la necesidad de cambios en todo lo concerniente a la participación y del avance en los procesos de auto desarrollo y autogestión socialistas, y que se han dado pasos importantes de

avance en estas direcciones, al mismo tiempo se identifican barreras, -tanto en el plano de lo objetivo como en la propia subjetividad de los individuos-.

En un análisis contextualizado, teniendo en cuenta desafíos y oportunidades para el desarrollo de una plena participación ciudadana en la Cuba actual, nos encontramos cómo el caso cubano constituye un escenario privilegiado para la comprensión de la complejidad de los fenómenos vinculados a la participación popular en los procesos de transformación, al presentar en su tejido social organizaciones que enlazan los intereses y el accionar del ciudadano simple con los intereses y políticas nacionales de la sociedad actual, a diferencia de otras experiencias en el contexto internacional donde por lo general se tiende a producir la fragmentación de las sociedades al reducir las fronteras a lo local, olvidando los intereses de las naciones, propiciando un debilitamiento de la cultura, el sentimiento de unidad nacional y a fin de cuentas, erosionando la propia soberanía y la independencia de los países.

La complejidad de estos procesos se manifiesta en el caso cubano inmediatamente cuando nos detenemos en el análisis de las amenazas y los peligros que se generan a partir de su propia concepción.

La incorporación de los individuos en las organizaciones barriales, su participación en el proceso revolucionario a través de estas organizaciones, es quizás es uno de los casos más relevantes.

En Cuba contamos con un rico espectro de las llamadas "organizaciones no gubernamentales", concepto que en su aplicación a un proceso de transformación socialista está ante todo urgido de ser revisado. Existen legalmente registradas alrededor de 200 de tales organizaciones. Y en los barrios específicamente nos encontramos con los Comités de Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres Cubanas y la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana, por referirnos sólo a las de mayor alcance. Esta situación de diversidad de organizaciones actuando en el mismo espacio, con intereses comunes en la generalidad de los casos, genera en muchas ocasiones una militancia múltiple y por ende, implica una participación también múltiple, que puede tener efectos contraproducentes, ocasionando incluso desmotivaciones en los individuos.

Para la reproducción ampliada sostenida de los procesos participativos en la sociedad cubana es necesario que las organizaciones barriales, que han desempeñado importantes papeles a lo largo de todo el proceso revolucionario, perfeccionen constantemente sus modos de funcionamiento. En particular, teniendo en cuenta el nuevo contexto objetivamente conformado desde fines del pasado siglo, es importante que se adapten a las nuevas condiciones, con nuevos métodos y estrategias en su trabajo, dirigidos en primera instancia a cambiar su función movilizativa y potenciar con nuevos contenidos una participación más efectiva de sus miembros, que contribuya a garantizar que los cambios económicos, políticos y sociales; sean debidamente encauzados y tributen al avance de la sociedad en el sentido socialista.

Esta propuesta debe ir más allá de una estrategia concebida desde los órganos centrales de dirección, ya sean municipales, provinciales o el nacional. Se hace necesario el reconocimiento y apoyo al desarrollo de aquellas iniciativas generadas desde la base y que pueden involucrar no sólo a líderes de estas organizaciones sino que integran a diferentes actores que aparecen en los variados espacios participativos.

Es así como las comunidades cubanas están llamadas a tener un papel central en el desarrollo de la participación con un contenido tal que promueva el aglutinamiento de los diferentes factores que la integran, contribuyendo a la ampliación de la base popular como elemento sustancial para el avance progresivo del autogobierno local en tanto elemento clave del autogobierno socialista cubano del sistema como un todo.

Y en este sentido aparecen nuevos retos a la experiencia cubana, en cuanto a su capacidad de potenciar y enriquecer el poder "desde abajo", como algo más que una consigna, como una realidad fehaciente, en un contexto donde ya existe un Estado Revolucionario estructurado política y económicamente.

Uno de los principales problemas se encuentra precisamente en cómo convertir esas estructuras en un sistema efectivo para promover la participación ciudadana a todos los niveles; un sistema en el cual cada ciudadano sea efectivamente portador del poder que le adjudica el ideario del pensamiento revolucionario, y que se expresa muy claro en el pensamiento martiano de una Patria "con todos y para el bien de todos".

Existen tres condiciones indispensables que se requieren para garantizar esa participación que exige nuestra sociedad: el querer, el poder y el saber participar.

De ellas, el **querer** ha sido una opción predominantemente mayoritaria en la población, expresada a partir del compromiso revolucionario del pueblo como ha quedado demostrado en innumerables ocasiones a lo largo de nuestra historia posrevolucionaria, como han sido: la aprobación de la I y la II Declaración de La Habana, de la Constitución de la República, los procesos electorales del Poder Popular en todos los cuales la inmensa mayoría de la población ha expresado su Sí por la Revolución.

El **querer** participar siempre será un reto, sobre todo cuando nos referimos a las generaciones más jóvenes que sin haber participado en las luchas por la conquista del poder político mantienen su Sí por la Revolución, en momentos en que el sistema enfrenta situaciones que van desde carencias materiales hasta la aparición de manifestaciones que en el campo de lo ideológico presentan un panorama complejo, haciéndose necesario el rescate del pensamiento marxista-leninista, y por qué no decir también "guevariano y fidelista" para enfrentar las contradicciones que desde lo muy sutil hasta lo más declarado amenazan el pensamiento revolucionario, pretendiendo así lacerar la necesidad y continuidad del socialismo como proceso para la consecución de una sociedad comunista, como la única salida posible para el mantenimiento de un ideario de justicia y libertad humana.

El **poder participar** cuenta con importantes potencialidades en la estructuración y principios de funcionamiento del sistema de Órganos del Poder Popular, que facilita y promueve la participación del ciudadano de base en la función de gobernar a partir de la figura del Delegado del Poder Popular, que permite vincular los intereses de los individuos, barrios y comunidades en los diferentes escalones del sistema de Gobierno cubano.

Aún si bien desde lo conceptual ello está garantizado, no se puede olvidar que estos procesos están mediados por la actuación de hombres y mujeres que los matizan a partir de la subjetividad y el accionar de quienes los protagonizan. Ello significa que en esta dirección pueden aparecer contradicciones a partir de quienes aceptan la

participación popular, siempre que ella no signifique el ocupar sus supuestos “espacios de poder”, apareciendo reservas en cuanto a la capacidad de participación de las masas populares en las estrategias, soluciones y planificación de recursos, entre las más reconocidas.

A nuestro juicio, estas limitaciones son un reflejo de las limitaciones asociadas a la necesidad del *“saber participar”*. Se trata entonces, de la necesidad de generar procesos de socialización dirigidos a acrecentar y consolidar capacidades en los individuos y grupos que conforman el escenario del proceso social cubano propiciando que se generen o reconstruyan intereses, aspiraciones, cultura e identidad, todos ellos elementos indispensables para alcanzar un desarrollo humano pleno y sostenible al que aspiramos ostenten todos los ciudadanos.

Es así como la Campaña de Alfabetización llevada a cabo en nuestro país en los primeros años de la revolución, marcó un punto de partida indispensable de este proceso de aprendizaje: el garantizar la presencia de individuos capaces de leer y escribir, aparecía como una necesidad para el protagonismo popular en el desarrollo de cualquier iniciativa.

A partir de ese momento, se comienza a generar la demanda de nuevos espacios y vías que facilitarán la participación consciente de esos nuevos sujetos portadores de un ideal revolucionario.

El proceso, sin dudas, ha sido complejo y enriquecedor. Pero el momento actual establece nuevas condicionantes ante un contexto internacional cada vez más unipolar y agresivo para la existencia de nuestro país como nación independiente y soberana.

El ejercicio del poder revolucionario, a partir de la participación comprometida de cada uno de nosotros constituye la principal fortaleza y garantía de la continuidad del proceso ante cualquier circunstancia.

Se trata entonces de un proceso complejo y si nos referimos a una real transformación de la sociedad y a la consolidación de una sociedad comunista, aparecen nuevas aristas que es importante también considerar.

La sociedad cubana no es una sociedad homogénea, -ninguna lo es-, está compuesta por diferentes personas y grupos diferentes que piensan, dicen e interactúan de distinto modo. Esa riqueza que aporta la diversidad, marcará por tanto diferencias en cuanto a niveles, ritmos y modos de participación de las personas. Aparecen así, los niveles de participación que se adecuan a las potencialidades, necesidades e intereses de cada ciudadano, en cada contexto determinado y será necesario siempre respetar ese espacio participativo que cada individuo genera en su accionar, promoviendo a partir del propio proceso revolucionario, que esos espacios se redimensionen y alcancen cada vez más una expresión decisoria en cualquier propuesta, si queremos lograr una real democracia participativa en nuestra población.

Pero para impulsarla eficazmente, es necesario entender la participación como un proceso que, reflejando una demanda objetiva del proceso cubano, pasa a primer plano al entrar en la segunda mitad de los ochenta, ocupando uno de los primeros lugares en los discursos del Comandante en Jefe desde los primeros momentos, aún cuando la propia categoría no parezca explícita, lo que incorpora complejidades tanto al análisis como a la propia aprehensión práctica de los códigos emitidos en los discursos de la actividad política cotidiana.

La participación es, por tanto, un proceso -también y fundamentalmente- de aprendizaje. Un proceso complejo, dado el carácter complejo e "integral" de la realidad y de la participación ciudadana. Un proceso que requiere tiempo, y una mirada "en perspectiva"; requiere constancia, sistematicidad, sistemicidad y sobre todo mucha sensibilidad, acercamiento y paciencia en los líderes, que ante todo deben ostentar un liderazgo no otorgado por decreto, sino ganado a partir del prestigio y respeto alcanzado en el espacio donde deberá ejercerlo y en los diferentes niveles donde tienen lugar estos procesos.

Ello requerirá que para hacer posible la participación ciudadana se hace preciso potenciar las relaciones interpersonales, el conocimiento mutuo, la cohesión, lo relacional, los afectos, lo personal, lo subjetivo. Tener en cuenta que la realidad la cambian las personas, que como seres humanos son portadores de sentimientos, valores, criterios, a los que es importante prestar atención. Escuchar se convierte así en una premisa indispensable que debemos desarrollar, el respeto al criterio del otro,

“la tolerancia ante el distinto para ser intransigente con el antagónico”, como expresara el reconocido educador popular brasileño, Paulo Freire, adquiere en estos días una relevancia excepcional.

Respetar los grupos sociales que conforman el amplio espectro de la sociedad, lograr la incorporación activa y consciente de los generalmente “excluidos”, (principalmente niños, niñas, ancianos, que junto a otros grupos de personas a las que se considera portadoras de un estigma de anomia social), se las aleja del protagonismo de cualquier proceso y se les otorga a lo más el papel de beneficiarios pasivos del accionar interventivo de otros, casi siempre “llenos de buenas intenciones”.

El enfrentar esta realidad requerirá, ante todo, de un proceso de educación y de preparación, no sólo de la vanguardia, sino extender y ampliar las fronteras de los procesos de capacitación que enrolen cada vez más personas a su alrededor. Los individuos deben dejar de sentirse “objetos manipulables” de la participación para transformarse en “sujetos plenos conscientes y decisorios” en cualquier iniciativa.

La formación de redes naturales es otro aspecto a considerar en cualquier proceso participativo que pretenda involucrar a las grandes masas populares. Por un sentido de supervivencia, tan antiguo como la especie humana, las personas tienden a unirse para emprender cualquier tarea y ese sentimiento debe generarse a partir de una organización social que potencie el sentido de pertenencia de los individuos, que al sentirse representados en sus intereses, motivaciones, etc., demuestran así una militancia consciente y efectiva en las filas de esas organizaciones.

Para cambiar la realidad, deben cambiar ante todo las personas que conforman esa realidad y que a su vez serán las responsables de cualquier transformación; la importación de modelos siempre estará condenada a la derrota. Los procesos para ser realmente auténticos se gestan en el seno de las grandes masas que estimuladas, organizadas y preparadas para su accionar, constituyen junto a sus líderes verdaderas fortalezas de poder.

Impulsar la participación supone no imponerse ni suplir nunca la iniciativa de la gente, no hacer nunca por ellos lo que puedan hacer por sí mismos. Ello significa que sus líderes ejercen un papel fundamentalmente educativo en la preparación de la vanguardia y de todo su pueblo, para garantizar la continuidad de los procesos. Solo el compromiso basado en el respeto y en un total involucramiento en la obra emprendida, garantizará la lucha del pueblo para preservar y asegurar ese futuro al que pretendemos aspirar convencidos de que “un mundo mejor es posible”.

Pero el camino no está libre de obstáculos, pensar en ello conduce a una posición totalmente ingenua y desprovista de estrategia. Hay que prepararse para convertir los conflictos en desafíos que enriquecen y contribuyen al crecimiento de aquellos que los enfrentan. La búsqueda de soluciones unida al desarrollo de iniciativas, potenciará un crecimiento de los individuos implicados en estos procesos.

Es importante resaltar que la sociedad se mantiene a partir del esfuerzo y del trabajo de todos, de modo que si bien “nadie es imprescindible” es importante resaltar “que todos somos importantes” para lograr dar respuesta a los sueños y aspiraciones desde los individuos en un entorno más reducido, hasta las comunidades, barrios, ciudades y, en última instancia, “la gran comunidad” que es Cuba.

Para lograr ello es indispensable el establecimiento de redes para la comunicación que permitan el intercambio de intereses, inquietudes, opiniones en todas direcciones (entre dirigentes, entre dirigentes y bases, entre bases y dirigentes, entre las bases, entre los miembros del grupo, entre grupos, entre grupos y comunidad, entre comunidades).

Será igualmente importante atender al comportamiento del proceso, no sólo de un modo cuantitativo, “midiendo” niveles de participación a partir de la asistencia y movilización a actividades, sino será igualmente riguroso el análisis de las motivaciones de los individuos para asistir, sus formas de organización para garantizar la puesta en marcha de cualquier propuesta, las capacidades en cuanto a formación y aprendizaje que de cada evento se generan.

Ello no puede ser un proceso al azar, no dejar que el empirismo domine en la evaluación de los resultados, vista casi siempre como un proceso de medición que efectúan “otros” que no han sido los principales actores. El promover que cada uno sea capaz de evaluar su accionar y el del grupo, a partir de su propia experiencia constituirá un momento de excepcional valor en el “aprendizaje de la participación”.

Todo lo anterior identifica la participación como elemento fundamental para garantizar la reproducción de relaciones sociales socialistas; relaciones sociales de un proceso de “verdadera emancipación social”/Marx/ que tiene que partir de la reproducción de esas relaciones en la base y es ahí donde el sistema social cubano se erige como escenario privilegiado para su expresión concreta.

Pero, como se comprende también y a partir de estos elementos, estos procesos, se identifican diversos desafíos para su desempeño entre los cuales se vislumbran:

- La necesidad de construir un marco teórico y un pensamiento propio desde nuestra realidad pero asumiendo los retos globales. Recrear los marcos de interpretación teórica, con vistas no sólo a interpretar lo que sucede, sino a proponer respuestas, a ubicar tendencias hacia el futuro en los nuevos escenarios de actuación.
- Fortalecer la capacidad de participación a partir de una capacitación de la población que la prepare para un ejercicio pleno de la misma.
- Recrear formas de pensar y de hacer nuestras políticas teniendo en cuenta los problemas cotidianos de los ciudadanos y su vínculo con los problemas centrales del país, fortaleciendo los gobiernos locales y los mecanismos de opinión y decisión como modo de fortalecer la democracia socialista.
- Reforzar una visión integradora socialista que nos unifica como país y fortalece nuestra identidad nacional y latinoamericanista.

Haciendo un análisis de cómo se presentan estos desafíos en nuestro escenario social actual y sus expresiones en la cotidianidad de sus actores fundamentales, nos permite entonces referirnos a los siguientes aspectos:

En el contexto cubano actual, como anteriormente referimos, aparece un conjunto de organizaciones sociales, que creadas a nivel de barrio durante los inicios del proceso revolucionario, han venido ocupando diversas funciones en el ámbito de nuestra sociedad civil.

Es así como identificamos a los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) y Federación de Mujeres Cubanas (FMC), con una historia que data de mas de 40 años de creación, y de modo mas reciente, a la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana (ACRC). Unidos a estas organizaciones no es posible hablar de participación y sociedad sin tener en cuenta el papel que ocupan los Órganos del Poder Popular en estos procesos por las características específicas del contexto cubano y por el propio lugar que le corresponde a los mismos como institución y forma de organización del Estado socialista cubano.

En Cuba, los representantes electos a los Órganos del Poder Popular, especialmente al nivel municipal, constituyen innegables potenciales agentes de desarrollo. Pero para la materialización de estas potencialidades es imprescindible, entre otros elementos, el vínculo con otros líderes barriales, representantes de organizaciones sociales y políticas de base, etc. que conformarían en su conjunto la vanguardia encargada de liderar estos procesos.

Por ello, resulta de interés analizar cómo se produce, o se debiera potenciar, el interaccionar participativo entre estas organizaciones que favorecieran el tejido social que le otorga la necesaria coherencia a nuestra sociedad desde la base y en sus diferentes niveles de estructuración social.

Es por tanto imprescindible partir de la referencia al concepto de participación que aparece en la Ley 91 acerca de los Consejos Populares, que se identifican como las estructuras que desde la base permiten la unificación de los intereses del ciudadano de base con los diferentes escalones del poder político y en cuya composición se entrelazan las organizaciones sociales, representantes del Poder Popular, instituciones de la localidad y todos aquellos factores que por una razón u otra ocupen determinados liderazgos en las comunidades cubanas. En esta Ley 91 que refrenda la

constitución de estos órganos de poder, se expresa en uno de sus por cuanto lo siguiente¹:

“La participación popular es un principio esencial de nuestra democracia socialista que se manifiesta en la acción de nuestros diputados y Delegados a las Asambleas del Poder Popular, las organizaciones de masas sociales, instituciones, entidades y demás integrantes de la sociedad, al intervenir de manera activa y coordinada en las decisiones que tienen que ver con la vida de la comunidad, el territorio y el país.”

Esto plantea un referente teórico que implica un alcance superior de la participación de la población, que sobrepasa cualquier proceso de movilización e incluye un comprometimiento y capacidad decisoria, todas ellas fases integrantes de una verdadera participación ciudadana.

La participación concebida a partir de estos principios, comprende todas las esferas de actividad de los individuos en su realidad cotidiana y a partir de ellas se pueden generar espacios, motivaciones y relaciones que favorecen estos procesos.

Es así como el intercambio entre diferentes sectores, grupos y actores sociales, presentes en nuestra sociedad, promueve el vínculo entre lo institucional con lo popular y se concibe la incorporación de diferentes grupos étnicos, de hombres y mujeres con diferencias de intereses y puntos de vista.

Conjuntamente, aún cuando aparecen diferentes individuos, lo cual le otorga una riqueza de heterogeneidad y representatividad a estos grupos similar a la que aparece en cada barrio, ello favorece las relaciones de poder horizontales, aún cuando en ellos casi siempre aparecen integrantes con mayor liderazgo. Con la incorporación del Delegado del Poder Popular, se abre así una vía para contribuir al desarrollo de procesos de democratización en la base.

El hecho de pertenecer sus integrantes a la misma comunidad, barrio, etc., favorece las sinergias en su accionar, se gestiona un compromiso colectivo y la consigna de la “Unidad del Barrio”, adquiere un real significado durante el abordaje de diferentes tareas e iniciativas a desarrollar.

A su vez, la posibilidad de gestar las iniciativas desde la base a partir de la existencia de intereses comunes entre los representantes de su vanguardia, promueve un sentido de pertenencia entre sus integrantes que es posible hacerlo extensivo al área que representan a medida que su labor se realice cada vez más en estrecho vínculo con la participación de los ciudadanos allí representados.

Las relaciones se dan como relaciones entre vecinos, lo que fortalece los lazos interfamiliares dentro de la sociedad promoviéndose la solidaridad y las relaciones entre los individuos, aspecto este que dentro de la identidad cultural y tradición del cubano adquiere una gran connotación.

Todo ello le otorga al funcionamiento de los Consejos Populares un papel protagónico en cualquier propuesta participativa de la Cuba de hoy y los presenta como una experiencia de nuevo tipo en procesos para la aplicación de una verdadera "democracia participativa", como algunos denominan en la actualidad a estos procesos de participación ciudadana.

Pero no es posible hablar de participación sin hacer referencia al concepto de "poder".

En el caso cubano no se trata esencialmente del **acto** de "toma del poder", hecho este que se inicia con el triunfo revolucionario del 1 de enero de 1959. Precisamente a partir de ese momento se **inicia la construcción del nuevo poder** como garantía para la continuidad histórica del proceso revolucionario cubano, cuya esencia radica en la participación popular, **una de cuyas componentes esenciales ha devenido objetivamente la proyección de esa "construcción" a través de la acción consciente y comprometida de los ciudadanos en sus barrios y comunidades.**

Es en este aspecto de las relaciones de poder donde con frecuencia aparecen mayores limitaciones al ejercicio de la "participación", expresadas con mayor frecuencia en las resistencias relacionadas con el **compartir el Poder**, sobre todo en cuanto a la toma de decisiones al disponer de recursos, manifestándose por lo general una tendencia a concentrar y acumular poder, que va más allá del discurso o cualquier perspectiva ideológica y que se presenta en el nivel micro y macro de la sociedad.

Una aproximación que nos permitiera profundizar en este sentido, nos lleva de lleno a adentrarnos en el proceso de dirección en todas sus facetas, en lo concerniente al tema de las relaciones entre dirigentes y dirigidos (esferas de actividad, instituciones e individuos) como eje articulador de este proceso, que se expresa en las vías y modos de la participación en la sociedad cubana actual, a la vez que la condiciona en gran medida.

Estamos ante un complejo proceso, con una contradictoriedad esencialmente dialéctica que es imposible de ignorar, por lo que es imprescindible para su análisis partir de un enfoque filosófico. Y precisamente la proyección filosófica a esta problemática durante la transición comunista presente en la obra de Marx, Engels y Lenin, a partir de lo que ellos pudieron adelantar al respecto, nos plantea la importancia, al atender el desenvolvimiento de la relación entre dirigentes y dirigidos, de centrar nuestra atención sobre dos contradicciones dialécticas esenciales del proceso de socializaciónⁱⁱ:

- la contradicción entre centralismo y democratismo, como expresión del complejo juego entre tendencias centrífugas y centrípetas entre los diversos elementos del proceso de socialización (individuos, grupos, instituciones, comunidades, esferas de actividad social) y al interior de los diferentes subsistemas complejos.
- la contradicción entre enajenación y emancipación, como expresión del proceso material de vinculación del individuo socializado a la producción (apropiación) de su propia vida social.

La aproximación al proceso de la interacción dirigentes- dirigidos en la construcción comunista a través del prisma de las contradicciones dialécticas, nos permite adentrarnos en la dialéctica objetiva de la **construcción de poder** durante este proceso.

La construcción del poder es una concepción esencial en la visión marxista –leninista, que articula de forma natural con las ideas de Martí y Fidel y lo mejor del pensamiento revolucionario cubano durante más de cien años. Y contiene mucho más allá de lo que en ocasiones trasciende en una presentación simplista, y en esencia se ha expresado en las experiencias prácticas, como construcción del poder desde “abajo” luego de que se ha tomado el poder “desde arriba” que en la mayoría de los casos ha degenerado en que el poder se ha quedado “arriba”. Es una compleja dialéctica que quizás es más

posible transmitirla adecuadamente si hablamos de la necesaria capacidad de construirlo “desde abajo”, desde la base, **antes-durante y después** de la toma “desde arriba”, sea un “arriba” diferente, para un “poder” diferente. Se trata de la construcción de un “poder público”/Marx/, que se fortalece en la medida que se **extingue** en la nueva socialidad que se construye, el “...**estado de la extinción comunista del Estado en su nueva socialidad**”ⁱⁱⁱ.

Ello, en primer lugar, nos plantea lo imprescindible de un análisis de la dimensión ética en la formación de los hombres y mujeres que lideran los procesos de transformación, que conciben la organización de la participación como un proyecto en el cual las personas son también transformadas como condición de un cambio social, algo estrechamente relacionado al necesario “aprendizaje de la participación” que conlleva en ocasiones al “desaprendizaje” de valores aprehendidos e interiorizados durante generaciones.

Todos estos aspectos constituyen precisiones necesarias a considerar en estos procesos que implican una dinámica de actuación de los sujetos sociales en un proyecto histórico popular, como lo es el caso cubano y ha sido planteada como una necesidad del pensamiento teórico revolucionario.

La responsabilidad de preparar a las masas populares en contra de un “espontaneismo” término referido por el Dr. Atilio Borón^{iv}, la necesidad de sostener esa energía social y política que de ellas emerge como resultado de su participación en los diferentes escenarios de acción, requiere de procesos de educación que planteen la urgencia de un encuadre organizativo y político, cuyas necesidades básicas se satisfacen a través de la aplicación de procesos de educación de las masas, concebida en sus dimensiones, político, educativa y organizativa.

En esta misma dirección, Paulo Freire en su libro “La dimensión política de la educación”^v expone su preocupación creciente cuando plantea: “Para mí no hay revolución sin vanguardia. Si yo no acepto o rehúso el rol de la vanguardia voy a caer automáticamente en el espontaneismo de las masas; y no puedo creer en el espontaneismo de las masas porque el espontaneismo históricamente sólo ayuda a las clases dominantes, no a la clase dominada”.

En estas y otras ideas se refleja claramente la necesidad innegable del desarrollo de un proceso educativo, que prepare a las masas para ejercer una real y efectiva participación no sólo durante el proceso de toma del poder, sino el papel protagónico que ellas ocupan en el proceso de mantenimiento y desarrollo de una propuesta de proyecto social revolucionario, como lo es el caso de Cuba.

Los procesos de capacitación tendrán como uno de sus objetivos el fortalecimiento y consolidación de las organizaciones de masas. El desafío fundamental que presentan estas iniciativas lo constituye el diseñar y poner en práctica procesos educativos ordenados y coherentes que tengan una secuencia y una perspectiva tal que nos permitan llegar a apropiarnos críticamente de la realidad, para transformarla organizadamente.

El proceso se convierte así en un proceso teórico-práctico de creación y recreación de conocimientos. Es la puesta en marcha de una teoría del conocimiento, a través de una metodología educativa y organizativa en función de una práctica de clase.

No es por ello casual el planteamiento del Dr. Armando Hart^{vi} cuando propone la necesidad de investigación de los movimientos de ideas en el caso de América Latina, el Caribe y en especial el caso Cuba, refiriendo entre los aspectos sobre los cuales debía centrarse el renacer de un nuevo pensamiento social, los siguientes:

- La renovación del pensamiento socialista que generó la revolución cubana.
- La renovación artística y literaria.
- El pensamiento social y filosófico que observamos en la "teología de la liberación".
- El movimiento de Educación Popular.

Es aquí donde aparece el compromiso en sus dimensiones **ética y política** encargadas de velar por la formación de valores solidarios y humanistas en los sujetos comprometidos en ese proyecto histórico popular que supone la creación de una sociedad en la que domine una participación democrática, crítica y creadora, capaz de llevar a cabo el proyecto de construcción de esta propuesta alternativa histórica que responda a los intereses de las mayorías.

En lo referente a la dimensión **educativa** nos referimos preferentemente a la construcción de capacidades, convirtiéndose en procesos de formación permanente, generando capacidades autónomas capaces de dar respuesta a las nuevas necesidades que se presentan en la sociedad.

Se trata entonces de crear una nueva práctica y una nueva teoría de transformación social y de relaciones humanas, basadas en un diálogo constructivo y enriquecedor, capaz de dar respuesta a las diferentes interrogantes y contribuir al desarrollo coherente de iniciativas y búsqueda de soluciones ante determinados retos, con una proyección estratégica.

Este es un tiempo propicio para gestar desde abajo esta voluntad participativa, consciente de las mayorías, en la construcción de una sociedad socialista, impulsados por las organizaciones sociales, políticas y los órganos locales de Gobierno; llamados hoy a aportar una formación integral de sus ciudadanos, en iniciativas relacionadas con el desarrollo de propuestas de autogestión; de toma de decisiones colectivas; en la formulación de proyectos integrales de desarrollo; procesos de educación ciudadana; nuevos métodos de dirección para enriquecer la relación dirigente-dirigido; formación de educadores y promotores comunitarios generando experiencias multiplicadoras en sus áreas de acción.

Sin embargo, alcanzar estos niveles de participación requiere de un conjunto de condiciones que se manifiestan a partir de transformaciones en los individuos y su entorno social, como resultado de procesos acumulativos que incluyen cambios que abarcan lo cognitivo, lo volitivo y lo afectivo.

Concebida así la participación tiene una fuerte componente relacionada con la subjetividad de aquellos que la practican y se rebasan los conceptos más tradicionales, que la asocian fundamentalmente a cifras de movilización y presencia en actividades u otros espacios de convocatoria.

La dimensión **político-ética** de la participación aparece como un desafío no sólo en una concepción revolucionaria. Es ante todo un criterio que debe distinguir todo proyecto de desarrollo social en la sociedad cubana actual.

El contar con individuos portadores de valores que sustenten un compromiso en su accionar, con un enfoque de equidad, conocedores de sus deberes y derechos, unido a su papel activo en procesos de toma de decisiones y un elevado sentido de pertenencia, serán, entre otros, elementos que describan el accionar participativo de los ciudadanos.

Es así como lo participativo constituye un proceso fundamentalmente educativo, que requiere del compromiso y sensibilización por parte de dirigentes, actores locales, educadores, promotores comunitarios y población en general.

El propiciar lo educativo desde los espacios que genera la propia cotidianeidad, constituirá no un acto de imposición, sino una opción en la formación de los individuos que le posibiliten la producción, apropiación y aplicación de conocimientos que le permitan la participación activa en procesos de desarrollo nacional, desde el ámbito local, municipal o provincial.

La preparación de la sociedad para enfrentar procesos de este tipo exige de su capacitación en contenidos y métodos creativos. Implica además la necesidad de un interés por la superación que debe partir de los involucrados y no constituir momentos aislados dentro de un plan de tareas centralizadas y alejadas del contexto que las circunda.

Los sujetos no serán simples receptores de una realidad importada, que no es la que ellos viven, sino que se convertirán en investigadores de su propia realidad para entonces ser capaces de transformarla.

Será entonces necesario que los procesos de capacitación generados a partir de organizaciones e instituciones satisfagan entre sus necesidades más prioritarias las siguientes:

- La necesidad de que estos programas de capacitación no constituyan momentos aislados sino que formen parte de procesos de formación sistémicos que se desarrollen sistemáticamente.
- La necesidad de capacitación en métodos y técnicas organizativas que permitan fortalecer la participación consciente de los sectores de base en sus

organizaciones y se genere una relación dinámica y creativa entre dirigentes y base.

- La necesidad de que estos procesos de capacitación y preparación se amplíen a los más variados sectores de la población y no sean privilegio sólo de sus líderes. Por ello se hará necesario extender y multiplicar estas experiencias a partir de la concepción de cada una de estas iniciativas.
- La necesidad de lograr una respuesta metodológica que facilite la apropiación de los conocimientos por parte de los participantes, que permita una transferencia en la capacidad de análisis más allá de una transmisión de información o de análisis previamente elaborados.

Como resultado de estos procesos se promoverá un crecimiento en la autoestima de los individuos y grupos, que crecerán ante cada uno de estos desafíos.

La formación de estos "sujetos para la participación" pasa además por un crecimiento humano de los involucrados haciendo realidad el principio de la formación del hombre nuevo, al que concebimos estrechamente vinculado en su accionar a la capacidad de respuesta ante los desafíos y retos que le presenta su accionar cotidiano.

La "capacidad de soñar" aparece como una necesidad en la perspectiva de futuro de los ciudadanos que permite establecer estrategias de vida que van más allá del inmediatismo que caracteriza en muchos casos propuestas de transformación social que van a la solución del problema inmediato, sin dar espacio a la potencialidad de los grupos en diseñar su futuro.

El ciudadano de base tiene el derecho y el deber de asumir con responsabilidad el diseño de sus tácticas y estrategias de vida ante las coyunturas que le imponga el contexto. Pero si ello se realiza sin tener en cuenta los intereses del individuo en su interrelación y necesaria conciliación con el entorno social y político, sin asumir que sus acciones deben significar una garantía para la estabilidad y sostenibilidad del medio ambiente, se corren los peligros de caer en conductas individualistas y egoístas que aparecen como males al parecer inherentes a las sociedades modernas y que ponen en peligro incluso la existencia de la especie humana.

Cuba no puede darse esos lujos, el sentimiento solidario e internacionalista del cubano ha sido uno de los valores más exaltados a lo largo de todo el proceso revolucionario y las generaciones futuras deberán sentirse igualmente responsables de su mantenimiento.

Todo ello requerirá de algo más allá de lo que puedan aportar la implementación de metodologías y contenidos curriculares en los programas formales de los centros educativos y de aquellos responsabilizados con la formación de profesionales que se dediquen a esta labor. La necesidad de abrir espacios no formales, de promover actividades de capacitación que se generen en organizaciones, escuelas de cuadros y, en general, procesos de capacitación y formación de líderes -ya sean formales o informales- cuyo accionar se revierte en comunidades y barrios, constituirá otra de las propuestas necesarias a desarrollar.

La necesidad de un cambio en la concepción de vida de los ciudadanos, -que se deberán sentir responsables de su accionar como miembros de una sociedad donde se vele por el cumplimiento de verdaderos procesos de democratización- será una premisa indispensable de estos procesos.

Esto será posible a medida que se desarrollen cambios en la comunicación entre los ciudadanos, que se pase de la "escucha pasiva" al diálogo enriquecedor en que se promueve el análisis y la reflexión entre individuos y grupos y se favorece la superación de barreras y conflictos que entorpecen y frenan procesos de integración y desarrollo. La necesidad de privilegiar los valores culturales, potenciar la identidad de grupos y comunidades, recrear el gusto por lo estético y el disfrute de la creación, constituyen igualmente elementos imprescindibles de estas transformaciones. La promoción de sujetos creadores constituye una estrategia a desarrollar en cualquier experiencia de transformación revolucionaria.

Todo ello apunta a que nos encontramos ante un proceso que no es lineal ni sencillo. La adecuación e integración de organizaciones e instituciones en el trabajo cotidiano y su vínculo con los actores locales, constituye quizás uno de los mayores retos de la sociedad cubana actual, pero en ello radica su sostenibilidad y representa una necesidad real para la consolidación del proyecto socialista de la revolución cubana.

El análisis de esta perspectiva desde el escenario cubano, si bien no admite generalizaciones para otros espacios, brinda elementos a tener en cuenta en cualquier propuesta participativa, si nos referimos a la potencialidad de generar procesos de participación ciudadana capaces de proporcionar nuevas aristas e iniciativas de desarrollo social.

El sueño de la participación será entonces como el sueño de la utopía, que un amigo y colega siempre nos hace recordar (recordamos a Carlos Núñez, pedagogo y educador popular mejicano, viejo amigo de Cuba y su revolución), refiriéndose al conocido escritor Eduardo Galeano cuando decía:

“La utopía es algo que está en el horizonte. Yo camino hacia la utopía diez pasos y la utopía se alejó diez pasos; y camino otros veinte y se vuelve a alejar otros veinte y siempre así. Entonces la pregunta es ¿para qué sirve la utopía? Y la respuesta es simple: para caminar, para ir hacia adelante”.

Con la participación puede que suceda algo parecido, siempre surgirán nuevos desafíos y aspiraciones en lograr una participación realmente efectiva, pero en el camino a seguir será esencial la educación y preparación de los sujetos en su decursar hacia esa realidad, que potenciará la nueva sociedad que aspiramos alcanzar: una sociedad plena de individuos plenos en el ejercicio de sus potencialidades.

Notas Finales

ⁱ “Ley 91 de los Consejos Populares.” Gaceta Oficial de la República de Cuba, 25 de Julio del año 2000.

ⁱⁱ García, J.: “Marx, Engels y Lenin: la relación entre dirigentes y dirigidos y la transformación socialista”. Libro en soporte electrónico, Instituto de Filosofía, 2004.

ⁱⁱⁱ García Brigos, Jesús P., “Marx, Engels y Lenin: la relación entre dirigentes y dirigidos en la construcción socialista”, libro referido anteriormente, p.68 (digital)

^{iv} Borón, Atilio: Conferencia Magistral. Evento “Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI”, Palacio de Convenciones, la Habana, mayo, 2004.

^v Freire, Paulo: “La dimensión política de la educación”. Editorial CEDECO Colección Cuadernos Pedagógicos No.9 1985.

^{vi} Hart, Armando: Conferencia Magistral. Evento “Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI”, Palacio de Convenciones, la Habana, mayo, 2004.